

n torno a la
polémica de
Kalmanovitz
sobre la
Universidad
Sergio Arboleda

Juan Guillermo Gómez García

La polémica abierta por Kalmanovitz

La polémica desatada por el reconocido economista Salomón Kalmanovitz sobre el precario y muy cuestionable nivel de la Universidad Sergio Arboleda y sus egresados encumbrados por el presidente Iván Duque es una reflexión académica pertinente, pero parcial. La respuesta o pretendida replica realizada, por algún profesor de esa institución, cuyo nombre no vale registrar aquí, carece de todo valor académico, aparte de que expresa ella una violencia política y un malestar cultural que ha sido la nota dominante de la Colombia del siglo XXI. La técnica argumentativa de la dentada y la coza del profesor julio-arboledista tal vez sea lo más significativo de resaltar en esa respuesta de hondo sabor anti-universitario.

Es pertinente la columna de Kalmanovitz porque pone de presente el sistema clientelar de que se valen los presidentes y altos funcionarios del Estado para favorecer sin más a los compañeros y egresados de sus centros universitarios —lo hicieron también César Gaviria o Juan Manuel Santos—, pero parcial porque planteado el problema del clientelismo universitario, no logra sacar todas las consecuencias de sus postulados.

Es pertinente porque estas prácticas son universales en nuestros centros universitarios, sobre todo por las universidades privadas de élite —aunque no solo de ellas—, pues hay justamente una puerta giratoria de influencias, favores y hasta abierta corrupción entre lo político y lo universitario. Casos recientes como los escándalos de la Universidad Distrital, Universi-

dad Autónoma del Caribe o la Universidad de Medellín o el Externado, que nos recuerdan los escándalos más viejos —y vigentes— de la Universidad Antonio Nariño, San Martín, Cooperativa de Colombia —su rector César Pérez sigue en la cárcel por masacre— son, en realidad, el pan nuestro de cada día. Así que la polémica desatada por el economista Kalmanovitz —esperemos con provecho del país— orienta una discusión que nunca el Ministerio de Educación ni el CESU nos plantean, porque estos solo sirven de alcahuetes y cómplices del entramado turbio que se simula en nuestro llamado sistema universitario. Se precisa un repaso histórico, así sea a vuelo de pájaro, para trazar la génesis del «caos estructural» actual universitario.

La increíble y triste historia de la universidad colombiana

Desde la Independencia el debate sobre la Universidad ha sido álgido y ha determinado momentos de confrontación partidista sin mediación. Todo estudioso de la Independencia sabe de sobra las disputas entre Bolívar y Santander, en materia educativa; posteriormente las agrias confrontaciones entre federalistas —estos fundan la Universidad Nacional en 1867 y sancionan la ley de educación secular de 1870, que desata otra guerra civil— y conservadores por definir el sistema educativo superior, trazaron la ruta para que, al finalizar el siglo XIX, Núñez y Caro entreguen la educación a la Iglesia y el sistema universitario a la égida de Monseñor Rafael María Carrasquilla, como rector de la Universidad del Rosario.

Con López Pumarejo en 1936, al refundar la Universidad Nacional y crear la Escuela Normal Superior, que contó con la enconada oposición de Laureano Gómez, se pretendió poner al día un sistema educativo en el cual todavía el arzobispo podía suspender un profesor por enseñar a Darwin. Para oponerse a la renovación lopista, se crearon, más como protesta y oposición clerical, las Universidades Javeriana y UPB, en Medellín. Luego, tras el asesinato de Gaitán, se creó la norteamericanoide Universidad de los Andes, por iniciativa del conservador Mario Laserna y el liberal Alberto Lleras, con la bendición de Marshall. También ese año se creó el banco chupasangre Icetex. En 1957, para sellar el pacto del Frente Nacional, se fundó ASCUN —presidido por el conservador Jaime Sanín Echeverri, quien luego funda la Universidad de la Sabana del OPUS DEI—, para proteger los intereses privados de la universidad colombiana y garantizar el no retorno a los proyectos estatal-nacionales universitarios.

Los sesentas y setentas están movidos por el Informe del sociólogo norteamericano Rudolf Atcon y el Plan Básico, que pretendían —y lograron en parte— adecuar el sistema anacrónico universitario a los estándares norteamericanos, a saber, masificación universitaria, departamentalización institucional, investigación científica de corte positivista, bibliotecas y laboratorios modernizados. Estos proyectos —que se concretaron con Campus como los de la Universidad de Antioquia y del Valle— contaron con la enconada oposición de los movimientos de izquierda inspirados por la Revolución cubana y los idearios marxistas leninistas.

El primado del cogobierno de la Reforma de Córdoba fue reanimado súbitamente. Los disturbios continuos, la anormalidad académica, la violencia política y el conflicto armado se intensifican por las políticas de contra-insurgencia del Estado colombiano. Esto lleva al descrédito de la universidad pública y se produce la feria de las universidades

privadas en los años siguientes. Son cientos los establecimientos privados que hacen aparición entre los ochentas y los noventas. Fundan universidades los grupos clericales, pero también los mafiosos. La Unaula es hija del conflicto político y las disputas intestinas como lo es la CESU o la Católica, entre otras instituciones universitarias. Todos deseaban, al amparo del Icfes, tener su rancho propio universitario. A mí me ofrecieron varias decanaturas en esos años dorados de la infamia turbayista. Supongo que no otra fue la motivación oscura de fundar «la Sergio Arboleda» por Álvaro Gómez Hurtado y demás. Con la Ley 200 de 1992, la primera ley de educación superior en el país, se da vía libre a la tendencia dominante y se comienza el desangre financiero de las universidades públicas, bajo el primado del neoliberalismo.

Esta tendencia solo pudo ser corregida, parcialmente, con la imposición de los estándares desde afuera, como los registros de calidad, impuestos por personajes como José Joaquín Brunner —«una caca», como lo califica la gran pedagoga Araceli de Tezanos—. El siglo XXI fueron décadas de nueva expansión: correspondió a Uribe Vélez someter a las universidades, principalmente a las públicas, a una nueva expansión. Marcos Palacios quiso salvar «la Nacho» de esa masificación descontrolada, proyectándose como «universidad de posgrados». Otra aberración que solo estimuló la simulación y el esnobismo de sus profesores capitalinos. Hoy hay cerca de 300 o más llamadas IES —institutos de educación superior— que la OCDE —Informe de 2012— muy discreta, pero muy atinadamente, apenas insinúa calificar como un sistema.

Una universidad sin rumbo

Hoy la universidad colombiana carece de un plan de educación superior coherente, convincente, moderno e integral. En este «caos estructural» las universidades se enfrentan a grandes retos y dilemas. Una lectura semanal de la página del Observatorio de la Universi-

dad Colombia revela los escándalos de corrupción y clientelismo, las deficiencias institucionales, los escasos recursos financieros, los ajustes académicos insuficientes, la falta de creencia en el liderazgo intelectual, académico y científico del sistema universitario. Aquí hay de todo, como en un bazar persa. Quienes participan en los procesos de acreditación institucional, saben de sobra cómo engañan al Gobierno y cómo logran vender gato por liebre. Tal vez el dilema en la juventud al decidirse estudiar en la universidad, dilema que sin duda se va a ahondar tras esta pandemia, es que si vale la pena estudiar o no en la universidad colombiana, a costos elevadísimos y una calidad cuestionable. La deserción es dramática. El desinterés creciente. La calidad cuestionable. Por primera vez se nota y se comprueba un descenso en la matrícula universitaria como respuesta a ese desánimo colectivo, a la anomia generalizada. Ninguno de mis estudiantes, por ejemplo, desea hacer un posgrado en Colombia: no solo prefieren que sea en el exterior, sino que solo por desquite y con desconsuelo deciden, contra su voluntad, quedarse en Colombia.

La universidad privada en Colombia es un negocio; sobre todo un mal negocio para sus estudiantes. Ellos logran adaptarse y hasta identificarse en el centro de educación del que egresaron, sin duda porque no conocen otro medio, otras alternativas, y uno se termina encariñando, como animal de costumbres, con lo que tiene por las más diversas razones. Termina queriendo a sus directivas, creyendo que sus profesores son eminencias, pues que al fin, solo a través de ellos y con sus ayuda



de ellos, pueden lograr conseguir un trabajo o una oportunidad tras concluir sus estudios, en medio de un mercado laboral opaco, mediocre y cuasi-inexistente. Solo con palancas o aspirando una recomendación —siempre en lo extra-académico— se puede lograr la meta añorada. Algunos que han tenido suerte son ejemplo que todo se alcanza con esfuerzo, astucia, maña. Las universidades de segunda, tercera y cuarta, tanto nacional como regionalmente, se han mimetizado en el medio, logrado abrirse un nicho académico y una pequeña esfera de poder. Ellas han sustituido al Estado nacional y regional en la exigencia del primado de la enseñanza y la educación y la cultura como bienes fundamentales del individuo y de la comunidad.

La universidad privada, desde los Andes hasta la Elite, son empresa privadas, destinadas a ganar dinero, a hacer fortuna con las matrículas de los estudiantes y con las prebendas que logren sonsacar al Estado. De este modo la universidad privada no es solo hija del subdesarrollo, en el amplio sentido del término, sino que ahonda el subdesarrollo, ahonda las diferencias sociales, consolida el sistema político anti-democrático, petrifica las dinámicas científicas, atrofia los sistemas de enseñanza. En una palabra, son parte constitutiva del malestar general colombiano. Tampoco, del seno de las universidades públicas, se han hecho los reclamos legítimos por la autonomía universitaria, que significa su libertad de enseñanza, su extensión solidaria, su postulado científico: todo lo que garantice el primado de una nación multicultural, diversa regionalmente, una nación

profundamente desgarrada en sus entrañas por la injusticia, la inequidad, la violencia, el robo sistemático de los dineros públicos, etc. De este modo este no-debate estimula el conformismo y el arribismo social, la resignación insatisfecha personal, la discriminación difusa, el autoritarismo político y la lagartería profesional. Es cuando la deshonestidad del *mitis-mitis* se convierte en un atributo social muy elogiado.

Cuando en un bar capitalino en el norte de la ciudad uno escucha a estudiantes o egresados, de la Sergio Arboleda, La Sabana o el Rosario, se lleva la impresión de que están cortados por el mismo molde cultural, no se distingue uno del otro, pese a que cultivan una especie de orgullo por la institución universitaria que los crió. Desean a toda costa tener éxito, viajar a Miami a comprar su ropa del año en Sawgrass, pasan el fin de semana pegados a Netflix, consideran que Vicky Dávila es una periodista y que Juanes es cantante, siguen la Premier de fútbol europeo, temen a Petro como castro-chavista, entre otras afinidades. Todos parecen tener en la punta de la lengua la frase —de rancio sabor colonial—: «usted no sabe quién soy yo». La «vanidad de las pequeñas diferencias» entre esos egresados de estos centros universitarios, para decirlo freudianamente, habría que indagarlas a fondo, pero lo que resalta es lo que Veblen llamó «la distinción envidiosa», ese orgullo grupal de singularidades difusas para las que habría que hacer una maestría en cosas inútiles para llegar a la savia que las nutre.

La dirección de la universidad colombiana, con sus ministros erráticos —el último que sabía leer y escribir fue Pedro Gómez Valderrama— y dóciles a las políticas norteamericanas, va de tumbo en tumbo. Durante décadas no se ha logrado enderezar nada. Fue sancionada la Antonio Nariño, por razones de mala calidad, pero se escondía más bien una retaliación política. Con igual criterio se deberían haber cerrado cien antros de garaje. Pero siguen funcionando como la pomposa y

desvergonzada institución en manos de Moreno de Caro o la Cooperativa que desde la prisión sigue dando luces su rector convicto. También hubo —¿hay todavía?— instituciones en manos del terror paramilitar. Cualquiera ocioso hoy puede consultar la página web de los Andes y puede confirmar que su poder es inmenso, que sus tentáculos, por medio de sus consejos superiores, abarcan embajadas, ministerios, empresas multinacionales, galerías de arte, asociaciones de genealogistas, expertos en tributación, bufetes prestigiosísimos, etc., es decir, que es un Estado dentro del Estado. Hoy su rector, Alejandro Gaviria, funge de filósofo, con tono mántico, como desentendiéndose de ese poder de Mama grande, pero solo confirmando que hay dos universidades en Colombia: los Andes y las demás. Por lo menos el rector Gaviria, mientras medita tan hondamente, deberían devolver a la Nación los cuadros de Vásquez y Ceballos que están colgados en su despacho rectoral. No conviene seguir, en virtud de la paciencia del lector responsable... la verdad.

«La Sergio Arboleda»: un acto de fe

En defensa de la Universidad Sergio Arboleda se aduce que esta institución basa su credo universitario:

En su total arraigo a la moral y a las buenas costumbres, fundada bajo unos principios cristiano-católicos, donde el eje central de toda su filosofía de vida es Cristo, como piedra angular, y el ser humano como reflejo de aquel, razón por la cual, para nosotros los egresados, el respeto a los derechos humanos es nuestra premisa mayor.

Esta pía declaración corresponde a los fundamentos de una institución conventual, pero no a la universidad moderna, por lo menos desde los tiempos de Kant, Humboldt y Hegel que parte de otro presupuesto filosófico, diametralmente opuesto. Corresponde a la razón el examen crítico y libre de la verdad; ella indaga sobre los presupuestos de la tradición,

los cuestiona y los confronta consciente y sistemáticamente. La universidad, su praxis y espíritu, no parte de una verdad adquirida por tradición, sino entiende la verdad como un constructo discursivo racional sobre la base de la investigación abierta, en debate docente, en la actividad docente que implica ese intercambio exigente y ascendente entre profesores y estudiante. La universidad moderna no tiene nada que ver con la camándula, los actos de fe, las declaraciones de principios religiosos, las reglas militares, los corrillos y camarillas de poder. También en la fe en Hitler quiso refundar, desafortunadamente, Heidegger la universidad alemana que deseaba mandar al diablo la razón dialéctica. Al menos el autor de *Ser y tiempo* supo entender su descalabro —aunque no muy a tiempo—. Porque la universidad moderna, no se funda, como reza la defensa de «la Sergio Arboleda», «en total arraigo a la moral y las buenas costumbres» y su filosofía es la «vida de Cristo», pues esto pertenece más bien a la escolástica española del siglo XVI y XVII, que si bien dio ilustres y muy connotados maestros de filosofía —como Vitoria, Domingo de Soto, Suárez, Mariana—, esta benemérita tradición ha sucumbido a los embates críticos desde Descartes al mismo Heidegger.

Si una universidad quiere mantener viva una tradición debe fundar las condiciones académico-universitarias —en las aulas no en los despachos ministeriales— del conocimiento de lo que defiende, de las bases morales y filosofías, no solo en declaraciones vacías y oportunistas. Una universidad que se llame heredera de esa tradición debe conside-

rar y tomar en serio la crítica a esa tradición cristiana, como lo hizo ese filósofo insignia del siglo XX en España que fue Xavier Zubiri. No solo dudamos que «la Sergio Arboleda» haga un tributo serio a esa tradición filosófica cristiana que predica. Dudo realmente que en sus claustros se enseñe una filosofía antigua, medieval y moderna que puede convencernos que ese no es un antro de lagartería del círculo del poder de Iván Duque y sus grandes amigotes de farra y hoy en los más altos cargos —y de mayor responsabilidad— del país.

Si realmente «la Sergio Arboleda» está a la altura de los que predica, es decir, «la tradición filosófica cristiana» allí también se debería haber enseñado las doctrinas escolásticas de Fray Alonso de Castillo que hacia 1521 enseñó:

Todos los hombres nacen iguales y libres; de consiguiente por ley natural, ninguno tiene derecho a mandar sobre otro; pero ya que, perdida la inocencia del mundo, se ha introducido por la fuerza y la ley positiva que haya superiores e inferiores, haciendo a la naturaleza el agravio de que un hombre obedezca y consienta en ser gobernado por otro, no lo agravemos con uno nuevo tal como *el que el gobernante ejerza su oficio a perpetuidad*, por derecho propio y de rendir cuentas a sus gobernados. Por justicia natural también, las cosas del mundo son todas comunes: violando el orden y los designios de la naturaleza, deshízose la comunidad, dividiendo los bienes en patrimonios privados, parte por vía de ocupación, como resultado de la guerra, parte por mutuo acuerdo, según Cicerón... *El ideal para el*

desenfadado y bien sentido trinitario sería que estas se restituyeran a la comunidad... que es el natural.

¿Esto enseña como moral cristiana «la Sergio Arboleda»? ¿Se enseña de verdadera ética cristiana y escolástica, que es la base más profunda y fecunda de la filosofía cristiana? ¿Se enseña allí moderación en el poder y elogio a la propiedad colectiva campesina —minga indígena—? Pues nosotros más bien vemos en sus egresados una furiosa defensa de la eterna autoridad de Uribe Vélez, de las inversiones extranjeras, de la gran propiedad hacendaria y de la violencia política contra-insurgente que las secunda hace décadas.

Unas frases de Rafael Gutiérrez Girardot

Para finalizar retomemos unas palabras de una vieja entrevista que hizo Numas Armando Gil al profesor Rafael Gutiérrez Girardot, filósofo, ensayista y catedrático titular de Hispánica de la Universidad de Bonn. Palabras que cobran hoy más actualidad que nunca:

Cuando estudien no lo hagan solamente para ganar un diploma, para cumplir con una función social, sino para tener una extraordinaria pasión ligada a un extraordinario esfuerzo por superar todos los hábitos negativos que ha dejado el largo dominio anacrónico del pensamiento clerical; para satisfacer la pasión intelectual deben tener precisión, fundamentación, coherencia. Esto por una razón muy práctica, y es que a nosotros los profesores e intelectuales, y a los estudiantes, nos desprecian, pero sin nosotros no podría existir la República [...]. El intelectual es un aventurero en el mejor sentido de la palabra, que se ve incluso amenazado [...]. La pasión por América Latina es bella porque es la pasión por un mundo nuevo... debemos tener conciencia de que somos un mundo nuevo y desarrollar una pasión para cumplir una utopía del Nuevo Mundo que no se ha cumplido. Y lo dijo Pedro Henríquez Ureña: sobriedad y pasión por

América Latina son dos elementos que deberían transmitirse o cultivarse en la universidad pública, en nuestra Alma Mater, para diferenciarla de la "privada", porque nuestra Alma Mater es nacional y la nación está por encima de los intereses privados [...] yo creo que los estudiantes son mi única esperanza.